

alcanzó también su derecho. Consejeros experimentados y severamente eclesiásticos parecían necesarios a causa de la dificultad de las cuestiones que se habían de resolver en Francia, y también porque el cardenal, como hijo genuino del Renacimiento, se dejaba guiar mucho más por los motivos políticos que por los religiosos.

El cardenal Este se encaminó lentamente por Sena, primero hacia Florencia, adonde llegó el 13 de julio y se aconsejó con Cosme I. Tampoco fué apresurado el resto del viaje (1). La causa de esto no eran sólo los ardientes calores del estío, sino también el conocimiento de la dificultad de la comisión, y la esperanza de que se aclararían presto las confusas circunstancias de Francia.

El fin de la misión de Este era, por medio de una hábil diplomacia y ganándose a las personas que dirigían la nación, defender los intereses de la Iglesia católica de Francia, gravemente amenazados por efecto de la debilidad del gobierno francés. Ante todo había de ganarse al rey de Navarra, muy influyente y vacilante, retraer a Catalina de nuevas concesiones a los novadores y dirigir sus esfuerzos de ella para resolver los conflictos religiosos por el camino legítimo del concilio general, pero en todo esto debía evitar cuidadosamente cuanto podía conducir a un abierto rompimiento. Ya en su viaje el cardenal se manifestó tan moderado e indulgente como le fué posible. Quería exponer al rey de Navarra, en qué abismo precipitaría a Francia, si pretendía sin miramiento alguno sus fines particulares, y cuán poco significaban las esperanzas que tenía de la ayuda de Inglaterra y Alemania, en comparación del poder de los católicos (2).

Las noticias llegadas de Francia en el tiempo inmediato no eran en manera alguna para dar aliento. El gobierno perseveraba en la proyectada asamblea de los preladados, y hasta se decía determinadamente que aun ¡los adalides de los calvinistas serían llamados a ella! Si con esto había de rebajarse en la curia el concepto hasta entonces generalmente optimista, recobráronse con todo nuevas esperanzas cuando se conoció el edicto de julio, que contenía algunas disposiciones favorables a los católicos. Ciertamente

(1) V. Susta, I, 38, 216, 219, 221.

(2) V. Le Laboureur, *Mém. de Castelnau*, I, 729; Susta, I, LXXIX, 216, 296. Cf. Ruble, III, 164.

nada se oyó decir de su ejecución (1). Antes bien notificó Gualtiero, que el gobierno, en contradicción con sus aseveraciones anteriores, intentaba dejar tratar, en la asamblea de los preladados, acerca de las cosas de la religión. Catalina de Médicis, como el rey de Navarra, a quienes importaba muchísimo conservar las apariencias de católicos, eran entre tanto por extremo generosos en dar las mayores seguridades. Dirigieron amistosas cartas al Papa, de suerte que volvió a tener una disposición de ánimo más tranquila (2). Pero ésta en manera alguna estaba justificada; el edicto de julio fué letra muerta (3). El calvinista Hugo Languet escribía sobre esto el 17 de agosto, desde París, con aire de triunfo, que los papistas nada habían conseguido más que irritar a aquellos a quienes se quería oprimir, y que éstos hacían ahora públicamente lo que antes solían hacer en secreto; que en casi todas las ciudades fuera de París se tenían predicaciones, arrebatábanse iglesias, destruíanse las imágenes y se quemaban las reliquias de los santos (4).

Para apaciguar a los católicos íntegros, principalmente a los profesores de la Sorbona, que todavía en mayo habían disuadido instantemente al rey el concilio nacional, se había declarado que el fin de la asamblea de los preladados era deliberar previamente sobre el concilio general, elegir a los que se habían de diputar para él, y negociar acerca de importantes asuntos de la Iglesia galicana y del reino. Mas, que el gobierno se proponía otra cosa, lo mostró el edicto de 25 de julio, que aseguraba salvoconducto para Poissy, a todos los súbditos, por tanto también a los calvinistas, que quisieran tratar alguna cosa en materia de religión (5). Allí en las cercanías de Saint-Germain-en-Laye, donde residía la corte, se había de reunir el clero, al paso que la nobleza y el estado llano fueron convocados para la vecina ciudad de Pontoise. De los obispos sólo una parte concurrió a Poissy, entre ellos Odet de Chatillón, Montluc, Saint-Gelais y Caraccioli, los cuales más o menos abiertamente se inclinaban al calvinismo (6). Éranles un

(1) V. Sickel, *Concilio*, 210; Susta, I, 66 s., 217 s., 220 s. Sobre el edicto de julio, fechado el 11 de este mes, pero no publicado hasta el 30, v. Soldán, I, 429 s.; Ruble, III, 103 s.; Heidenhain, *Política de unión*, 313.

(2) V. Sickel, *loc. cit.*, 208 s.; Susta, I, 230, 234.

(3) V. Ruble, III, 103 s.; Soldán, I, 433.

(4) Langueti *Epist.*, II, 130, 137. Soldán, I, 433 s.

(5) V. D'Argentré, II, 192 s.; Soldán, I, 434; Fouqueray, I, 250 s.

(6) Cf. Desjardins, III, 464; A. Pascal, *Antonio Caracciolo, vescovo di Troyes*, Roma, 1915.

contrapeso los cardenales Tournón, Armagnac y Guisa, que también acudieron. El 31 de julio la asamblea fué abierta por el canciller L'Hôpital. Este en nombre del rey la designó sin rodeos como concilio nacional, que mejor que el general, compuesto en su mayor parte de extranjeros, podía remediar los apuros de Francia con «la reforma de las costumbres y de la doctrina». Por lo que atañía a los secuaces de la nueva religión, señaló como cometido de la asamblea, no condenarlos con prejuicios, sino admitirlos con mansedumbre (1).

Mientras el nuncio Gualtiero se quejaba amargamente con Catalina y Navarra de este proceder enteramente contrario a la conducta anterior del gobierno (2), también la mayor parte de los obispos bajo la dirección del cardenal Tournón tomaba una actitud resuelta. Rehusaron un concilio nacional y declararon que, presuponiendo que se evitara toda discusión sobre la doctrina, sólo podían entrar en deliberaciones sobre la supresión de los abusos; que en esto estaban resueltos a observar la debida obediencia al Papa.

A la doblez que había usado el gobierno francés respecto a la asamblea de prelados de Poissy, correspondieron otros actos a propósito para destruir cada vez más las optimistas esperanzas de Pío IV. Por más que se esforzaba Catalina de Médicis por ocultar el verdadero fin de su política, veía con todo que casi siempre se notificaba a Roma la situación real de las cosas. Esto sólo podía hacerlo el nuncio Gualtiero; y como también el embajador español Chantonnay enviaba a menudo despachos a Roma, sospechó que había entre ambos secretas relaciones. Para descubrirlas ¡hizo interceptar y abrir las cartas de los diplomáticos! Pío IV se quejó en el consistorio de este vergonzoso proceder y amenazó con no recibir más al embajador francés, en caso de que no se restituyesen las cartas sustraídas (3). Pronto llegaron de Francia otras malas noticias. En Pontoise la nobleza y el estado llano demandaron la cesación de toda persecución contra los calvinistas y la celebración de un concilio nacional; para aliviar los apuros econó-

(1) V. Soldán, I, 439; Lettres de Cath. de Médicis, I, 604.

(2) V. la relación de Gualtiero, de 7 de agosto de 1561, en Susta, I, 227 s.

(3) Pío IV, que quería evitar «a toda costa» un rompimiento con Francia, se dejó apaciguar más fácilmente que España, de tal manera que Carlos IX tuvo que desaprobar el proceder de su madre. V. Ruble, III, 163 s., 165 s.; Susta, I, 239.

micos abogaron por la confiscación de los bienes eclesiásticos (1). El gobierno se mostró inclinado a este último plan. También mantuvo el propósito de suprimir las anatas, y difirió el envío de los prelados a Trento. Con todo eso, la asamblea de Poissy tomó el carácter de coloquio religioso con los calvinistas. De las más diversas partes acudieron presurosos los predicantes, los más de ellos clérigos católicos apóstatas. El 23 de agosto llegó también a la corte, residente en Saint-Germain-en-Laye, Teodoro Beza, el más notable colaborador de Calvino. El recibimiento que se le hizo, no hubiera podido ser más solemne, si hubiese ido el mismo Papa. Pudo al punto predicar en la casa de Condé. Por la tarde Navarra le condujo a Catalina de Médicis y a Carlos IX, que le recibieron con mucha benignidad. En los días siguientes se permitió a Beza y a los demás predicantes que predicasen y celebrasen el culto calvinista en el palacio real con gran concurrencia de la nobleza (2).

Así no puede causar maravilla, que a pesar de la protesta de la Sorbona, se abriese el 9 de septiembre bajo la presidencia del joven rey, el coloquio religioso, en el refectorio del convento de dominicas de Poissy (3). En nombre de los doce predicantes calvinistas habló primero Beza. Comenzó con una patética plegaria y desenvolvió, al principio con gran circunspección, el nuevo sistema doctrinal. Sólo cuando llegó a la doctrina de la Eucaristía, olvidó su papel, pronunciando las palabras siguientes: «el Cuerpo de Cristo está tan distante del pan consagrado como el cielo de la tierra». A estas palabras levantóse un fuerte murmullo en toda la asamblea; hasta los secuaces de la nueva doctrina quedaron consternados; Coligny cubrió su rostro con las manos. El cardenal Tournón empero, exclamó con voz excitada, dirigiéndose a la reina: «¿Es posible que vuestra majestad tolere tal blasfemia?» (4)

(1) V. Soldán, I, 464 s.

(2) V. las relaciones de Chantonnay en las Mém. de Condé, II, 16-17. Cf. Soldán, I, 470.

(3) Cf. Mém. de Condé, II, 490 s.; Bossuet, Hist. des variat., IX, 90 s.; Henry, II, 497 s.; Baum, Beza, II, 147 ss.; Soldán, I, 467 ss.; Mourgues (Estrasburgo, 1859); Klipffel (París, 1867); Ruble, III, 154 s., 176 s. y Mém. de la soc. de l'hist. de Paris, XVI (1890), 1 s.; Gothein, 594 s.; Lavisce, Hist. de France, VI, 1, 47 s.; Fouqueray, I, 251 s. V. también la carta de Polanco en los Précis hist., 1889, 71 s.; Thompson, 106 s. Cf. además Hauser, Sources, III, 172.

(4) Sobre este incidente cf. las relaciones de los embajadores de Florencia (Desjardins, III, 462) y Venecia (Ruble, III, 180), así como el Avviso da Parigi de 13 de octubre de 1561, en la Riv. cristiana, III, 362.

Inútil apóstrofe. Catalina dejó a Beza terminar su exposición. Después que Tournón hubo solicitado una copia del discurso para poder contestar a éste, la asamblea se disolvió con grandísima irritación.

En la segunda reunión, el 16 de septiembre, el cardenal Guisa rebatió en un brillante discurso, las afirmaciones de Beza, y al mismo tiempo señaló muy hábilmente la contradicción de los calvinistas con los partidarios de la Confesión de Augsburgo. El discurso del cardenal fué en la forma sumamente moderado, de suerte que no pudo dejar de producir impresión en el partido conciliador; en el fondo se mantuvo firme el cardenal en el punto de vista católico. El 12 de septiembre el gobierno había conseguido del Parlamento de París, que registrara el gran edicto de Orleáns de 31 de enero. Esta ordenación suprimía toda la influencia del Papa en la colación de los beneficios franceses, y prohibía el envío a Roma de las anatas y otros dineros (1).

Así estaban las cosas cuando finalmente el 19 de septiembre, llegó a Saint-Germain-en-Laye el cardenal Este enviado como medianero (2). El recibimiento por parte de la corte fué honorífico, pero frío. Aunque Este había hecho dar por medio de una persona interpuesta, seguridades tranquilizadoras respecto de sus facultades, el canciller L'Hôpital se negó a darles la acostumbrada aprobación con la impresión del sello del Estado, porque contradecían al edicto de Orleáns. Este no se desanimó por esta primera dificultad. Como consumado diplomático procuró alcanzar su fin mediante una grandísima moderación. Haciendo al mal tiempo buena cara, cerró los ojos tan completamente a la peligrosa política de Catalina y a la actitud dudosa de Navarra, que se atrajo pronto la más vehemente censura de los católicos íntegros. Estos habían manifestado para con él desde el principio desconfianza y aversión. Los cardenales Guisa y Tournón temían una disminución de sus atribuciones. Todos los Guisas y con ellos el embajador español eran decididos adversarios de la política moderada que se seguía en Roma, la cual amenazaba a sus aspiraciones particulares. Ellos lo

(1) V. Ruble, III, 153 s.; Susta, I, 88.

(2) V. Ruble, III, 184; Susta, I, 295. Sobre la correspondencia de Este con la secretaría privada v. las indicaciones de Susta, que agotan la materia, a las que sólo tengo que añadir, que también la *Bibl. Chigi de Roma* posee en el códice M-I-5 una copia del manuscrito del Archivo público de Módena, la cual con todo, así como la copia de la *Biblioteca Real de Berlín* (*Inf. polit., 39), sólo llega hasta el 28 de julio de 1562.

mismo que el nuncio Gualtiero, creían que los intereses católicos sólo podían defenderse derribando el gobierno actual, cuya deslealtad y doblez los llenaba de indignación (1). Sus representaciones unidas a la impresión de los últimos acontecimientos, habían finalmente hecho vacilar también a Pío IV: a mediados de octubre pareció resuelto a abandonar la indulgencia que había usado hasta entonces (2).

El cardenal Este no se arredró en su política de moderación, ni por el cambio de actitud del Papa, ni por lo que veía y experimentaba en Francia. Parecía como si cerrase los ojos a todo: a la actitud ambigua de Navarra, al coloquio religioso y a la tolerancia concedida al calvinismo. Desde el principio había hecho resaltar que había venido para tratar con mansedumbre y usar remedios suaves contra la enfermedad (3). Para obtener una base firme, diligenció ante todo el reconocimiento de sus facultades, por el cual había de conmovirse en sus fundamentos el edicto de Orleáns (4). Mientras se difería el despacho de este negocio, consiguió presto, que cesase la anterior publicidad del coloquio religioso. Tampoco el rey asistió más en adelante a las sesiones. La ambigua fórmula de conciliación, establecida al fin el 29 de septiembre, acerca de la Eucaristía, excitó en la corte grande gozo; pero fué rechazada por la Sorbona. La asamblea de prelados de Poissy propuso, el 9 de octubre, el destierro de todos los predicantes que se negasen a suscribir la profesión católica sobre la Eucaristía. Por otra parte se encargó de aportar en los dieciséis años siguientes 17 millones de libras para la extinción de la deuda pública. En vista de esto prometió el gobierno que conservaría la religión católica en todo el reino (5). Al mismo tiempo activaba,

(1) V. Susta, I, 209, 231, 232-234, 296.

(2) V. Susta, I, 88-89. Cf. Sickel, Concilio, 225. Dan a entender bien la disposición de ánimo que había en la curia, un *Avviso di Roma de 11 de octubre de 1561 (Urb., 1033, p. 302b, *Biblioteca Vatic.*) y una *carta de Caligari a Commendone, fechada en Roma a 11 de octubre de 1561, en la que se dice: Le cose di Francia vanno malissimo et quasi qui si hanno per disperate: admettono gl'heresiarchi non solo in colloquio ma alle prediche publiche. Ancora non s'intende che la gionta del legato habbia operata cosa di momento. Lett. di princ., XXIII, 76, *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Hilliger, Catalina, 310 s.

(4) V. Ruble, III, 206, 212; Susta, I, 298.

(5) V. Soldán, I, 500 s., 512 s.; Ruble, III, 186 s. Cf. también Cauchie, Les assemblées du clergé en France, en la *Revue des sciences philos. et théol.*, II, 74-95.

por lo menos en apariencia, el envío de embajadores y prelados al concilio de Trento. Esto se debía no sólo a las instancias de Este, sino todavía más a la actitud amenazadora de Felipe II, el cual a mediados de octubre hizo declarar a Catalina, que era la última vez que le aconsejaba que dejase la tolerancia hasta entonces otorgada a los calvinistas y entrase por el camino del rigor, en lo cual podía estar cierta de su apoyo; que de otra suerte lo habría de conceder a aquellos que le rogaban que conservase la antigua religión, pues el establecimiento del protestantismo en Francia era perjudicial para los Países Bajos y España (1).

Catalina, que nada temía más que una intromisión de España, se intimidó con esto extraordinariamente. El 18 de octubre expidió la orden de que se restituyesen todas las iglesias arrebatadas por los calvinistas, difirió las negociaciones para la reunión, que por otra parte no ofrecían ninguna esperanza, y prometió solemnemente enviar al concilio cierto número de prelados y un embajador especial (2). Este consiguió ahora finalmente también, a pesar de la negativa de L'Hôpital, que se reconocieran sus facultades mediante la impresión del sello del Estado (3). Sólo después de este buen suceso, informó al Papa por el abad Niquet. Pío IV no se fiaba con todo de la mudanza acaecida en Francia, tanto menos cuanto que el embajador francés presentó la petición de que se concediese el cáliz a los legos (4). Niquet, a quien se esperaba en Roma con muchísimo anhelo, no llegó allá hasta el 14 de noviembre de 1561. Rogó en nombre de Este que se prosiguiese en la política seguida hasta entonces, se continuasen las negociaciones para ganarse a Navarra, y se hicieran concesiones, como la del cáliz a los legos, porque la violencia no daría ningún resultado. La extensa exposición que hizo el hombre de confianza de Este, del estado de Francia, hacía concebir pocas esperanzas de un mejoramiento de la situación (5). La blandura y condescendencia del gobierno no hizo sino estimular a los calvinistas a aborrecer más

(1) V. Hilliger, Catalina, 251; Soldán, I, 518; Ruble, III, 294 s.; Susta, I, 262-264.

(2) V. Mém. de Condé, II, 520; Soldán, I, 524 s.; Susta, I, 297.

(3) V. Ruble, III, 213; Lettres de Cath. de Médicis, I, 247.

(4) V. Le Plat, IV, 727 s.; Susta, I, 95.

(5) V. Susta, I, 99, 298. Cf. también la *relación de Serristori, fechada en Roma a 14 de noviembre de 1561, *Archivo público de Florencia*. La carta de Este a Pío IV, de 4 de noviembre de 1561, llevada por Niquet, puede verse en Sala, III, 99 s.

a los «idólatras», como llamaban a los católicos. Parecía como si quisiesen persuadir a éstos de que no se contentaban con la sola tolerancia, sino que se intentaba el entero aniquilamiento de la religión católica en Francia. Precisamente por entonces se multiplicaban las violencias contra los católicos en las más diversas partes del país. En muchas ciudades fueron ultrajados y maltratados, quemadas sus imágenes y reliquias, las iglesias con frecuencia derribadas, los sacerdotes y religiosos expulsados, y aun a veces muertos, o, como v. gr. en la Normandía, horriblemente mutilados cortándoles las orejas. Los peores excesos acaecieron en las provincias del sur, donde en algunos sitios se suprimió enteramente el culto católico (1). Aun en el territorio pontificio, en Carpentras, se esforzaba la herejía por penetrar (2).

Todo esto hubo de confirmar en Pío IV la persuasión de que la política de blandura, seguida hasta entonces, debía abandonarse. Mientras antes había defendido al cardenal Este contra los Guisas y los españoles, dió ahora oídos a las acusaciones dirigidas contra él (3). El descontento del Papa se acrecentó todavía por una noticia llegada el 29 de noviembre, que causó en todas partes tan penosa impresión, que nada menos que Morone exigió el relevo de Este (4). Lleno de celo por ganarse a Navarra, Este, a pesar de las disuasiones de Tournón, se había dejado inducir, a invitación de Juana de Albret y Catalina de Médicis, a asistir al sermón de un calvinista, franciscano apóstata! (5) Poco aprovechó al cardenal que en una extensa relación, con la ingenuidad de un legítimo hijo del Renacimiento, excusase su conducta como si fuese una inocente complacencia para con ambas reinas, las cuales

(1) V. Döllinger, *Historia eclesiástica*, 531 s.; de Meaux, 88; Desjardins, III, 466; Baguenault de Puchesse, *Morvillier*, 137 s. Sobre la cortadura de las orejas v. la relación enviada desde París, de 13 de octubre de 1561, que está tomada del Archivo público de Módena, en la *Riv. cristiana*, III, 363.

(2) V. la *relación de Fr. Tonina, fechada en Roma a 19 de noviembre de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. El Papa envió dinero para la defensa del territorio pontificio contra una acometida repentina de los hugonotes; v. Susta, I, 333.

(3) V. Susta, I, 332. Cf. Pallavicini, 15, 14, 8.

(4) Cf. Susta, IV, 373.

(5) Este suceso ha sido exactamente descrito por Chantonay (*carta a Felipe II, de 13 de noviembre de 1561, *Archivo nacional de París*; utilizada por Ruble, III, 213 s.) y el embajador de Federico el Piadoso (Kluckhohn, *Cartas*, II, 221; cf. Delaborde, *Les protest. à la cour de St. Germain*, 70). Cf. también Susta, I, 112, 307, II, 373, IV, 37.

habían correspondido a su cortesanía, escuchando algunos días después, junto con Navarra, Condé y otros hugonotes, un sermón católico de su capellán (1).

Cuando Niquet a principios de 1562 salió de Roma, se le dió una carta para Este, de la cual se colegía claramente que Pío IV no quería que las cuestiones religiosas se tratasen como las políticas. Decíase en ella (2), que había sido enteramente indecoroso que el cardenal legado hubiese asistido a aquel sermón; que sólo pocos sabían que aquel paso se había dado con buena intención y con circunspección, pero que el tropiezo y escándalo por ello causado era público para todos los católicos de Francia y de fuera de ella. Que tal cosa no debía suceder otra vez. Luego se quejaba el Papa amargamente en la carta de la conducta del gobierno francés, el cual ejecutaba todos los edictos dados en favor de los hugonotes, mientras quedaban letra muerta los favorables a los católicos. Expresaba también sus quejas por la demanda que había hecho el embajador francés en Roma, de la concesión del cáliz a los legos, por la tardanza en enviar obispos y embajadores al concilio de Trento y por el edicto de Orleáns. Agregábase que si éste quedaba en vigor, el Papa había de considerar anulados el concordato y todos los indultos. Que el legado hiciese ver claro al rey de Navarra, que solamente podían ser cumplidos sus deseos, si se portaba resueltamente como católico. Respecto al modo de proceder en adelante, no ocultaba Pío IV, que ya no le parecía posible seguir el camino de la blandura. Declaraba que el legado había de protestar con energía, pero que esto no quería decir que rompiese definitivamente. Fué también de gran importancia una posdata de propio puño añadida a la carta, en la cual se daba libertad a Este para renunciar a su legación según las circunstancias, e indicábase que en este caso dejase todos los ulteriores negocios al cardenal Tournón y al nuevo nuncio Santa Croce, que desde octubre se hallaba en Francia (3).

(1) V. las cartas de Este a Borromeo, del 12 al 15 de noviembre de 1561, en Susta, I, 303 s.

(2) Carta de Pío IV a Este, fechada en Roma a principios de enero de 1562, en Susta, I, 329 s.

(3) Las relaciones de nunciatura de Santa Croce, sólo en su menor parte, y no siempre correctamente, han sido publicadas por Aymón, *Synodes nationaux* (La Haya, 1710) y Cimber-Danjón, *Arch. curieuses*, I, 6. Hay otras numerosas en las colecciones de manuscritos de Roma, especialmente en el

Como el Papa también en lo sucesivo expresó repetidas veces su descontento por la actitud de Este, procuró el cardenal justificarse en lo posible. Con ocasión de lo cual censuró especialmente a los católicos que se agrupaban en torno de los Guisas, de los cuales, según decía, tenía poco que esperar la Iglesia; en cambio se esforzó por disculpar la conducta de Catalina. Hizo resaltar Este, que si los disturbios de Francia fuesen de índole puramente religiosa, entonces se recomendaría otro proceder; pero que cada vez conocía más que la religión sólo servía de pretexto para intereses privados; que por eso la situación no le parecía tan desesperada como sus adversarios la pintaban. Que era fácil ocasionar un rompimiento, pero que sólo por la blandura se podía alcanzar algo. Que por este solo camino había podido esperar conseguir la admisión de sus facultades y el envío de prelados al concilio (1).

En efecto Este podía congratularse de felices éxitos en estos dos puntos (2). También había de lograr ganarse a Navarra y que se derogase la prohibición de las anatas; en cambio, en el asunto principal, la conducta de Catalina de Médicis respecto de los calvinistas, las cosas permanecieron como estaban. La reina estuvo firme en el plan de restablecer la paz por medio de concesiones a los novadores y conservar el primer lugar como negociadora de la misma. Este la apoyó en ello y esperaba ganar a Pío IV para las concesiones, mientras que Catalina estaba resuelta a salir al cabo con ellas, aunque fuese de su propia autoridad, por medio de un coloquio religioso (3). Que no pensaba guardar la palabra que había dado al clero, de proteger el catolicismo, lo mostró el edicto,

Archivo secreto pontificio, *Bibl. Pía, 133 y *Nunziat. div., 32; v. Susta, I, LXXVI, s. Aquí también se habla sobre las Proposte; cf. II, XII y 383, sobre el carácter especial de la nunciatura de Santa Croce durante la permanencia de Este en Francia.

(1) V. Susta, I, 322 s., 327. Cf. Pallavicini, 15, 14, 8 s. Dos cartas, en las cuales defiende Este su proceder en contra del obispo de Caserta, se hallan impresas en las *Lett. de' princ.*, III, 256b.

(2) Sobre el envío de embajadores y prelados al concilio v. vol. XV, capítulo V. La cuestión de las facultades, a las que se oponía especialmente el Parlamento de París, no quedó resuelta hasta febrero de 1562, por medio de una decisión real (cf. *Lettres de Cath. de Médicis*, I, 268; Ruble, III, 220; Susta, I, 321, 324, 326, II, 397). Pío IV aconsejó que se hiciese prudente uso de las facultades, lo que Este ejecutó; v. Susta, I, 330, II, 396.

(3) V. Susta, I, 384, donde este autor ha descrito excelentemente la nota característica de la política de Catalina.